

Introducción

Fue durante el segundo gobierno de Augusto B. Leguía que, por primera vez, se fijó oficialmente el corte cronológico oficial para conmemorar las fiestas patrias que se iniciaba en 1821 con la proclamación de la independencia en Lima y finalizaba en 1824 con la victoria patriota en la batalla de Ayacucho. La celebración de ambos acontecimientos históricos como inicio y fin de la emancipación de España han sido mantenidos por las autoridades políticas durante el sesquicentenario y el bicentenario. Ahora bien, si se trata de comparar qué fecha de la conmemoración del centenario de la independencia fue cronológicamente más significativa, sin duda 1924 lo fue mucho más que 1921. Así lo reconoció el historiador Jorge Basadre en relación con la suntuosidad alcanzada por los festejos oficiales dedicados a la batalla de Ayacucho (2005, pág. 101).

Además, para el historiador Pablo Ortemberg, tres fueron las razones por las que los festejos del centenario de la batalla de Ayacucho fueron mucho más importantes que los de la proclamación de la independencia en 1921. La primera fue completar el proceso de monumentalidad histórica de Lima, la segunda fue el éxito alcanzado por la diplomacia peruana para concentrar la mirada mundial en torno a esta celebración cívica, y la tercera fue conmemorar la primera reelección presidencial de Augusto B. Leguía el mismo 1924 en su afán de perpetuarse en el poder (2016, pág. 153). A lo anterior, cabe añadir que Leguía instrumentalizó de forma más eficaz esta fecha por otros dos motivos: primero, hacer de la efeméride ayacuchana un acto de confraternidad latinoamericana y, segundo, convertir a su gobierno en auspiciador de una unión panamericana que debía incluir como socio estratégico a Estados Unidos¹.

¹ Víctor Peralta Ruiz, "La instrumentalización de la independencia peruana", Trama Crítica [revista electrónica], consultado en <https://tramacritica.pe/perspectivas/2022/08/27/la-instrumentalizacion-de-la-independencia-peruana/>

La reelección presidencial como paso indispensable del centenario

Augusto B. Leguía fue un mandatario que se asumió asimismo como un político redentor, consciente de que su destino era durar el máximo de tiempo posible en el poder para asegurar los cambios que requería el país para, en última instancia, acercarse a una modernización acorde con el que disfrutaban los países más avanzados del momento como Argentina, México o Brasil. Durante sus primeros cuatro años del gobierno que denominó la Patria Nueva, entre 1919 y 1923, Leguía favoreció el beneficio clientelar exclusivo de su agrupación política denominado Partido Democrático Reformista, práctica que supuso la desaparición de los viejos partidos de la llamada República Aristocrática de inicios de siglo (Civilista, Demócrata y Liberal). Al tiempo que impulsó desde el Estado un indigenismo oficial con el propósito de arrebatar ese programa al indigenismo radical, practicó un autoritarismo que se caracterizó, primero, por deshacerse de opositores que le fueron incómodos, en unos casos enviándolos a un exilio dorado y en otros encarcelándolos en la isla San Lorenzo y, segundo, por confiscar periódicos que le fueron críticos (La Prensa). La conmemoración del centenario en 1921 granjeó a Leguía una indudable popularidad al permitir el auge económico que se experimentaba el embellecimiento de la capital limeña a través del fomento de monumentos y la construcción de plazas y avenidas que modernizaron el horizonte urbano capitalino.

La intención de Leguía de reelegirse en el cargo presidencial se confirmó cuando el congreso dominado por su partido aprobó una enmienda constitucional que a fines de 1923 modificó el artículo de la constitución de 1920 que lo impedía. El exministro de Gobierno, Germán Leguía y Martínez, primo del presidente, ahora desde su puesto de vocal de la Corte Suprema consideró la reelección como un acto inconstitucional. Por disposición expresa del mandatario, Leguía y Martínez no sólo fue destituido como magistrado, sino que se decretó su expatriación bajo el cargo de conspirador. Bajo la misma acusación se produjo la deportación de los estudiantes universitarios Víctor Raúl Haya de la Torre y Manuel Seoane. Sin adversario alguno que se atreviese a cuestionar al presidente su ambición de preservarse en el poder, los primeros meses de 1924 fueron dedicados por sus partidarios a fomentar un culto público-político a su persona. Así, Leguía participó en la inauguración popular de su monumento en la plaza de La Victoria, asistió a la Alameda de los Descalzos a la ceremonia oficial de desagravio en que se recordó el fracaso del intento pierolista de arrebatarle el poder el 29 de mayo de 1909 y, por último, inauguró en el barrio del Rímac la calle presidente Leguía.

La reelección presidencial se consumó el 7 de julio y la prensa en general expresó su beneplácito por este resultado. Consumado el hecho, Leguía concedió una entrevista a la revista *Mundial* el 4 de julio. En la misma, a la pregunta del periodista sobre si el centenario de la batalla de Ayacucho se celebraría con gran esplendor, aquel respondió: "Ese es el deseo del país y mío. Necesitamos aprovechar de la celebración de estas grandes efemérides para exteriorizarnos en el mundo. Los extranjeros, gracias al periodo de paz y de trabajo que disfrutamos, tienen gran curiosidad por conocernos. Estas son oportunidades que no debemos desaprovechar y el Perú debe hacer un máximo esfuerzo para presentarse con cuánto tiene y con cuánto vale ante los ojos de la civilización"². Comenzaba así el segundo momento de la propaganda leguista en 1924 que consistió en pasar de la reelección de julio a la conmemoración de diciembre. En este objetivo, la conmemoración oficial de la batalla de Junín pasó casi desapercibida en Lima. Sólo se programó una romería al monumento a Bolívar por parte de las sociedades patrióticas y algunos colegios nacionales, con la presencia del embajador de Venezuela. A ello le siguió una ceremonia de entrega por parte del mandatario de la nación y del alcalde de la capital de la medalla de oro al regimiento Húsares de Junín. Por último, el presidente organizó una fiesta en Palacio de Gobierno para confraternizar con los jefes y oficiales del Ejército y de la Marina. En el discurso que Leguía pronunció en este ágape no dudó en resaltar el logro liberalizador del pasado que se celebraba y los retos benefactores de su proyecto político: "concluidas las batallas por la libertad, quedan por librarse las que determinarán nuestro progreso y preponderancia económica"³.

Asumiéndose como un salvador de la patria, Leguía no ocultó su propósito de que, con vistas a la conmemoración de diciembre, su actuación política quedase asociada con la gesta libertadora de Simón Bolívar en 1824. Dos productos iconográficos alusivos dieron prueba cabal de ello. El primero, fue la confección de un cuadro alegórico en blanco y negro en el que, teniendo como fondo central las banderas de Perú y Venezuela, el presidente Leguía aparece al lado de la primera y el Libertador Bolívar al lado de la segunda. Completa la imagen el gabinete ministerial, nombrado en octubre, y que estuvo conformado por Alberto Salomón (ministro de Relaciones Exteriores), Jesús M. Salazar (ministro de Gobierno y Policía), Enrique de la Piedra (ministro de Hacienda), Juan Manuel de la Torre (ministro de Guerra), Manuel Masías (ministro de Fomento), Alejandrino Maguiña (presidente del Gabinete y ministro de Justicia) y Fermín Málaga Santolalla (ministro de Marina).

² *Mundial*, año V, núm. 216, Lima 4 de julio de 1924, p. 3.

³ *Mundial*, año V, núm. 224, Lima 29 de agosto de 1924, p. 17.

Esta composición fotográfica se asemejaba a los cuadros históricos en el que se buscaba dar una sensación de continuidad entre dos momentos fundacionales como, por ejemplo, el grabado de José Palomino realizado en 1748 relacionado con la continuidad dinástica entre los emperadores incas y españoles. En los inicios de la república, un grabador anónimo borró de la lámina de Palomino a los reyes y colocó en su lugar a San Martín y Bolívar como continuadores de la obra civilizadora de los incas. En esta ocasión, Leguía y su gabinete de ministros no dudaron en erigirse como herederos de un bolivarianismo redivivo que probaría la sinceridad de su apuesta continuista durante los festejos de diciembre.

El segundo producto iconográfico a través del cual oficialmente se logró equiparar a Leguía con Bolívar fue la confección en la Casa de la Moneda de unas medallas conmemorativas, de oro y plata, dedicadas al centenario de la batalla de Ayacucho. En el anverso de esta moneda sin valor circulatorio fue estampado el busto del Libertador mirando a la derecha y debajo del mismo el año emblemático de 1824. En el reverso, se colocó la efigie del presidente Leguía mirando hacia la izquierda y debajo de él el año 1924. La fecha aludía directamente al año del centenario de la batalla, pero también podía interpretarse de modo subliminal como el año de la primera reelección presidencial del mandatario.



Medalla de oro conmemorativa de la Batalla de Ayacucho

Los actos preparatorios promovidos por la Cancillería

El programa oficial de las fiestas del centenario de la batalla de Ayacucho, que finalmente se acordó se celebrase en Lima, fue confeccionado por la Oficina Informativa del Centenario del Ministerio de Relaciones Exteriores, la misma que estuvo integrada por Manuel A. Bedoya (ministro del ramo), Edgardo Rebagliati (secretario inspector de prensa), Eduardo Granda (inspector de informaciones) y José Chueca (inspector

de ceremonias y fiestas)⁴. Los actos más importantes fueron programados para escenificarse entre los días 9 y 16 de diciembre. Estos comprendieron por la mañana del martes 9 la celebración del Te Deum en la Basílica Metropolitana, por la tarde la inauguración de la estatua al mariscal Antonio José de Sucre y, por la noche, la celebración del banquete en el Palacio de Gobierno ofrecido por el presidente Leguía al presidente de Bolivia Bautista Saavedra y a los jefes de las misiones extraordinarias extranjeras. Para el miércoles 10 por la mañana la inauguración del Panteón de los Próceres, por la tarde la inauguración de la Avenida progreso y por la noche el baile en el Club Nacional. En lo que se refiere al jueves 11, por la mañana se fijó la inauguración del hospital Arzobispo Loayza, por la tarde el homenaje al Libertador Simón Bolívar en el monumento erigido en su memoria en 1859 y por la noche la función de gala en el Teatro Forero con la representación del drama "Ayacucho". En lo que respecta al día 12, se programó para la mañana la plantación del Árbol del Centenario en la plaza Jorge Chávez, por la tarde el homenaje al Protector José de San Martín ante su monumento inaugurado en 1921 y por la noche la celebración del baile ofrecido por el ministro de Relaciones Exteriores en el palacio Torre Tagle. Para el viernes 13 se fijó por la mañana la inauguración del Museo Arqueológico en la avenida Alfonso Ugarte, por la tarde la corrida de gala en la Plaza de Acho y por la noche el concierto de gala en el Teatro Forero. Los actos programados para el sábado 14 fueron, por la mañana la ofrenda de una corona a la estatua de George Washington, por la tarde la carrera de gala en el Hipódromo de Santa Beatriz y por la noche el baile ofrecido por la Municipalidad de Lima en el palacio de la Exposición. La programación del domingo 15 consistió en la inauguración de la Exposición Nacional de Industrias y de la Exposición de Minería por la mañana, la recepción en el Congreso de los parlamentarios que formaban parte de las delegaciones extranjeras por la tarde y, finalmente por la noche, el recital en el Teatro Forero del Canto a Ayacucho por el poeta coronado José Santos Chocano. Para terminar, el lunes 16 se programó por la mañana la visita al Museo Bolivariano e inauguración de las salas dedicadas a San Marín y Bolívar, el desfile militar en el Hipódromo de Santa Beatriz por la tarde y, por la noche, el baile ofrecido por el presidente de la República en Palacio de Gobierno.

La conmemoración de diciembre además contó con la celebración en Lima de otras reuniones internacionales complementarias como el Tercer Congreso Científico Panamericano y la Segunda Conferencia Panamericana de Mujeres, de cuya organización también se ocupó la cancillería, así como la inauguración de dos exposiciones nacionales dedicadas, respectivamente, a la Industria y a la Minería.

⁴ Ministerio de Relaciones Exteriores. Programa de las Fiestas del Centenario de Ayacucho. Diciembre de 1924, Lima, Lit. Tip. T. Scheuch, 1924.

Las invitaciones oficiales cursadas por el Ministerio de Relaciones Exteriores a los gobiernos del extranjero pusieron especial énfasis en contar con la presencia de los mandatarios de los países en el que Bolívar tuvo participación en su independencia. Por entonces estos gobiernos eran el de Juan Vicente Gómez (Venezuela), Pedro Ospina Vázquez (Colombia), Gonzalo Córdoba (Ecuador), Rodolfo Chiari (Panamá) y Bautista Saavedra (Bolivia). De todos ellos sólo Saavedra aceptaría la invitación de asistir personalmente. Igualmente, la cancillería puso especial énfasis en que a la cita de diciembre concurriera una alta personalidad que representara a Estados Unidos. Este objetivo se logró al nombrar al gobierno de Calvin Coolidge como embajador extraordinario al general John J. Peshing, considerado un héroe en este país por su participación en la primera guerra mundial. Luis Alberto Sánchez afirma que, otra de las personalidades prestigiosas que el gobierno quiso tener como invitado especial fue el poeta bengalí y premio nobel de Literatura Rabindranath Tagore, pero este finalmente excusó su asistencia al ser convencido por Haya de la Torre de que no debía avalar a un gobierno dictatorial (1993, pág. 105)

La cancillería logró que alrededor de una treintena de delegaciones extranjeras procedentes de América, Europa y Asia comprometieran su asistencia a los actos oficiales conmemorativos de diciembre. La ausencia más significativa fue la de Chile. El gobierno peruano decidió no invitar al gobierno del presidente de la junta de gobierno de este país, el general Luis Altamirano Talavera, como un acto de represalia diplomática por el incumplimiento del tratado de Ancón de 1883 relacionado con la celebración del plebiscito en las provincias cautivas de Tacna y Arica. El diferendo que ambos gobiernos enfrentados en la guerra del Pacífico habían tratado de resolver al someterse en 1922 al arbitraje del gobierno estadounidense. El veto gubernamental a la presencia de Chile en diciembre fue secundado por la prensa peruana. En la revista *Variedades*, su director Clemente Palma respaldó que en la fiesta de la confraternidad americana en ocasión de la batalla de Ayacucho este país por su actitud cainita "no tuviera el sitio que en otras circunstancias habría sido deseable que ocupara". En una fiesta de amistad y solidaridad de los pueblos del continente, continuó Palma, Chile fue excluido por su "política agresiva e imperialista que, sin duda, la América toda no está dispuesta a tolerar"⁵.

Aunque el gobierno peruano procuró que, tal como ocurriera durante la celebración del centenario de 1921, España participase con una significativa

⁵ *Variedades*, año XX, núm. 877, Lima 20 de diciembre de 1924, p. 1.

representación diplomática en los festejos patrios de 1924, el gobierno dictatorial del general Miguel Primo de Rivera rechazó la invitación. La historiadora Ascensión Martínez Riaza comprende que ni el rey ni el presidente de gobierno mostrasen interés en asistir a la celebración de la última derrota de las armas españolas, la misma que supuso la pérdida definitiva de su posesión más preciada en América del Sur. De ahí que Alfonso XIII ratificara al embajador Jaime de Ojeda como su representante extraordinario y "se limitase a enviar un escueto telegrama de felicitación" (2017, pág. 202) al presidente Leguía.

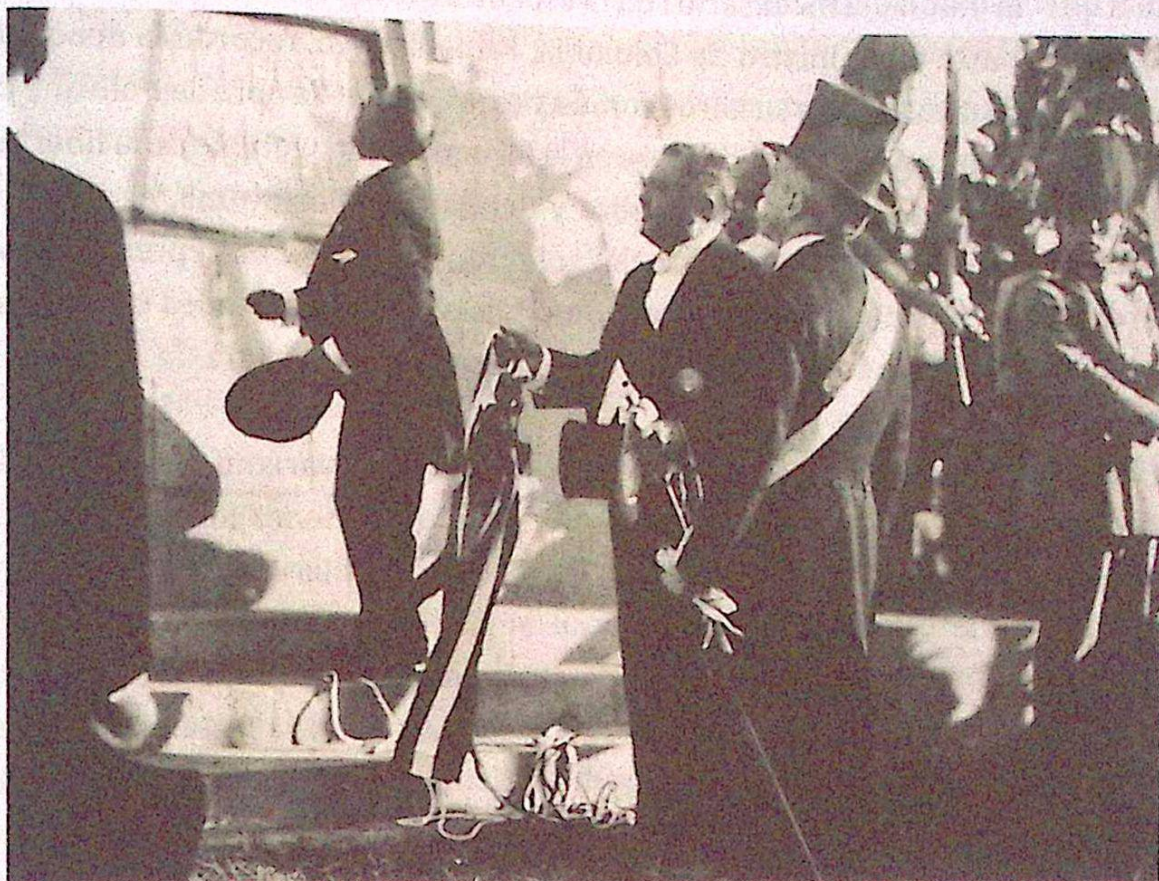
La apoteósica conmemoración de diciembre

Durante la primera semana de diciembre de 1924 comenzaron a llegar las delegaciones extranjeras. La embajada enviada por Venezuela por ser la patria de Bolívar y Sucre fue especialmente tratada por la diplomacia nacional y cubierta por la prensa. La presidió como embajador extraordinario Pedro Manuel Arcaya, abogado e historiador, y estuvo integrada por 35 personas. También causó mucha expectación la presencia del general Agustín Pedro Justo como embajador extraordinario de Argentina, quien por entonces ejercía como ministro de guerra y unos años más tarde asumiría la presidencia de su país, la del filósofo Antonio Caso como embajador extraordinario de México y la delegación de Panamá que estuvo presidida por su exmandatario Belisario Porras. El arribo del general Pershing y la nutrida comitiva estadounidense en el acorazado Utah también fue asumido como un acontecimiento político relevante, sobre todo, porque fue propósito gubernamental estrechar los lazos de amistad con el país que debía dictaminar el asunto del diferendo territorial con Chile.

Pero la personalidad que acaparó la atención protocolaria más resaltable fue el presidente de Bolivia Bautista Saavedra. Leguía reconoció su rango especial como único mandatario asistente al evento patriótico y, por ese motivo, tuvo un trato especial con él por encima del resto de los invitados. El gobierno celebró la presencia del presidente boliviano con estas palabras incluidas por el secretario Teodosio Cabada en el libro oficial del centenario de Ayacucho:

"Leal, sincero e invariable amigo del Perú, no se ha dejado seducir por las falaces insinuaciones de la diplomacia araucana, ni por las perniciosas prédicas de los derrotistas de su país. Ha sabido hacer justicia a la nitidez de nuestras intenciones, al desinterés y a los sentimentales de nuestra amistad hacia Bolivia" (1925, pág. XX).

En efecto, el 7 de diciembre Leguía no sólo acudió a recibir a Saavedra a la estación de Desamparados y luego le acompañó en una carroza de gala a su hospedaje oficial, sino que ambos presidieron juntos los ceremoniales cívicos y religiosos, así como las inauguraciones más importantes incluidas en el programa oficial.



Saavedra y Leguía en el develamiento del monumento a Sucre

Archivo Fotográfico Instituto Riva Agüero

Se ha afirmado que “el centenario de la batalla de Ayacucho, en 1924, tuvo como referentes principales a las figuras de Simón Bolívar y Antonio José de Sucre” (Casalino, 2017, pág. 136). Por el tipo de asistencia de los protagonistas, fue la inauguración de la estatua ecuestre de Sucre realizada por el escultor David Lozano y producto de la donación de Ecuador, el acto más importante. Leguía y Saavedra acudieron al develamiento del monumento erigido en honor al mariscal de Ayacucho en el parque de la Reserva en Santa Beatriz, el “parque símbolo de la Patria Nueva” (Orrego, 2014, pág. 136). Fue en este escenario donde Leguía pronunciaría dentro de su discurso la conocida frase: “Bolívar es un Sol; Sucre, la más brillante estrella de la constelación bolivariana” (1925, pág. 434). Intervinieron también el embajador y expresidente ecuatoriano Alfredo Baquerizo Moreno y el embajador argentino general Justo. Por su parte, en el homenaje a la estatua de Bolívar celebrado en la plaza que lleva su nombre, ni Leguía ni Saavedra asistieron.

Fue un momento de "glorificación al héroe caraqueño" en que el protagonismo le fue concedido a las delegaciones venezolana y colombiana. El discurso principal por la parte venezolana fue realizado por el obispo de Carabobo, quien destacó el respeto de Bolívar por la religión católica y recordó su frase pronunciada en la Gran Colombia que "la unión del incensario con la espada de la ley es la verdadera arca de la alianza" Por parte del ministro de Colombia, Fabio Lozano, recordó la deuda de los cinco países bolivarianos a su héroe común y expresó que "la obra de Bolívar y de sus tenientes afirma nuestra certidumbre en la fecundidad inagotable de la libertad para solucionar los problemas del hombre y del Estado" Por último, el ministro de Guerra del Perú expresó en nombre del gobierno leguista y en representación del Ejército su reconocimiento a Bolívar como "vidente de las grandes conquistas democráticas que después de él han enorgullecido a la Humanidad".

En el programa oficial no sólo se alentó el discurso bolivariano como un modo de conciliar a los países que le debían su condición de naciones independizadas, sino que también se promovió el fomento del ideario panamericanista. En el logro de ese objetivo, la cancillería puso especial empeño en rendir un homenaje a George Washington al coincidir la batalla de Ayacucho con el 125 aniversario de su fallecimiento. El discurso principal que correspondió realizarlo al general Pershing estuvo dirigida a realizar un paralelismo histórico entre el ideario libertario de Washington y Bolívar. No omitió Pershing dirigir un agradecimiento especial a Leguía, de quien destacó una virtud doctrinaria que no precisamente practicaba: "esta celebración nacional en el Perú, de la victoria final de la independencia americana, concebida por su distinguido Presidente, y que está próxima a finalizar, manifiesta claramente que domina el espíritu de democracia..." También significativas fueron las palabras del ministro de Relaciones Exteriores Salomón, quien calificó a Washington como el gran ciudadano americano que ejemplificaba las virtudes cívicas republicanas que imitaron los libertadores sudamericanos. No omitió finalmente el canciller dirigirse elogiosamente a Pershing al calificarle como "la figura más preminente de la Gran Guerra [que] ha venido a nuestras playas a participar en nuestras alegrías y a tendernos su franca mano fraternal". A continuación, la intervención del alcalde de Lima, José Rada y Gamio, se centró en dirigir su alocución a Washington para hacerle ver que "vuestro monumento está rodeado por el insigne presidente del Perú, estadista excelso, engrandecedor de la patria, por el eminente mandatario de Bolivia [...] cuya visita triunfal es un himno de gloria americana". Los banquetes oficiales celebrados en Palacio de Gobierno, el Palacio de Torre Tagle y las embajadas de Estados Unidos, Argentina y Colombia fueron ocasiones en que los discursos de los anfitriones destacaron igualmente por su llamada a una confraternidad panamericana.

Por último, la clausura del programa oficial del centenario tuvo dos escenarios. El primero fue el Congreso Nacional en donde el presidente del Senado, Guillermo Rey, y varios diputados agradecieron a las delegaciones extranjeras su presencia en los actos programados. El segundo escenario fue la velada literaria celebrada el 15 de diciembre en el Teatro Forero, en donde el poeta José Santos Chocano recitó el poema "El Hombre-Sol" que le encomendó el gobierno. Seguidamente, el poeta argentino Leopoldo Lugones intervino con una disertación literaria en homenaje a los héroes de Ayacucho. Resultaba sintomático que dos influyentes personalidades de la cultura sudamericana que habían renegado de la democracia, y que no ocultaban su admiración por las dictaduras organizadas, fueran las encargadas de poner punto final al ágape patrio peruano.

Durante la festiva semana de diciembre de 1924 en que se conmemoró la batalla de Ayacucho en Lima, Leguía recibió un baño de multitudes en la capital y un reconocimiento internacional que no había experimentado antes ningún mandatario peruano. Pero el momento bolivariano que vivió la Patria Nueva fue un éxito no sólo atribuible al presidente sino a los hombres del régimen que impulsaron un modelo de inversión pública aprovechando la bonanza económica. Con la inauguración de los nuevos establecimientos estatales (Panteón de los Próceres, Hospital Arzobispo Loayza, Museo Arqueológico del Perú, Museo Bolivariano, Palacio Arzobispal), a los que debe sumarse la inauguración del hotel Bolívar gracias a la inversión privada, se completó la obra urbanística de embellecimiento de Lima que se había iniciado durante el centenario de 1921. Con la entrega de la avenida del Progreso (hoy avenida Venezuela) se agilizó la comunicación vial entre Lima y El Callao. El espacio público de la capital fue transformado en el lapso de los cuatro años que duraron los dos centenarios, aunque algunas de las obras tuvieron que ejecutarse fuera de este marco cronológico, como fue el caso del parque de la Reserva que fue concluido en 1929 (Orrego, 2014, pág. 136). Sin duda, Leguía debió sentir que tanto su reelección como su protagonismo en el centenario en 1924 eran la antesala de una durabilidad política en el poder que el pueblo peruano siempre se lo reconocería con sus votos.

Conclusiones

El gobierno de Augusto B. Leguía aprovechó la celebración del centenario de la Batalla de Ayacucho en 1924 para fines políticos, buscando consolidar su imagen y poder tanto a nivel nacional como internacional.

Leguía instrumentalizó la celebración del centenario para:

- Reforzar su imagen como un líder redentor que guiaba al Perú hacia la modernidad.
- Promover la confraternidad latinoamericana, utilizando la figura de Bolívar como símbolo unificador
- Presentar al Perú como un país moderno y próspero ante la mirada internacional
- Fortalecer los lazos con Estados Unidos como socio estratégico en el contexto del panamericanismo.

La celebración del centenario fue un éxito para Leguía, permitiéndole consolidar su poder y proyectar una imagen positiva del Perú en el exterior. Sin embargo, el autor señala que este éxito se basó en la manipulación política y la propaganda, ocultando el carácter autoritario de su gobierno.

Referencias

- Basadre, J. (2005). *Historia de la República del Perú*. Empresa Editora El Comercio, Lima, Perú
- Casalino, C. (2017). *Centenario. Las celebraciones de la Independencia 1921-1924*. Municipalidad de Lima, Perú
- El Perú en el centenario de Ayacucho. Recopilación efectuada por la Secretaria del Señor Presidente de la República de los discursos pronunciados en las ceremonias conmemorativas*. (1925). Editorial Garcilaso. Lima, Perú
- Martínez, A. (2017). Las cicatrices de Ayacucho. España en la celebración de un centenario hispanoamericano. En *Anuario IEHS*, 32(1), 202.
- Orrego, J. (2014). *¡Y llegó el Centenario! Los festejos de 1921 y 1924 en la Lima de Augusto B. Leguía*. Titanium Editores. Lima, Perú
- Ortemberg, P. (2016). Los centenarios de 1921 y 1924, desde Lima hacia el mundo: ciudad capital, experiencias compartidas y política regional. En *La independencia*

peruana como representación Historiografía, conmemoración y escultura pública (p. 153). Instituto de Estudios Peruanos. Lima, Perú

Peralta, V. (s.f.). La instrumentalización de la independencia peruana. *Trama Crítica*. Obtenido de <https://tramacritica.pe/perspectivas/2022/08/27/la-instrumentalizacion-de-la-independencia-peruana/>

Sanchez, L. (1993). *Leguía: el dictador*. Editorial Pachacutec. Lima, Peru (20 de diciembre de XX). Variedades(877), 1.

FUENTES PRIMARIAS:

Mundial, año V, núm. 216, Lima 4 de julio de 1924

Mundial, año V, núm. 224, Lima 29 de agosto de 1924

Variedades, año XX, núm. 877, Lima 20 de diciembre de 1924.

El Perú en el centenario de Ayacucho. Recopilación efectuada por la Secretaria del Señor Presidente de la República de los discursos pronunciados en las ceremonias conmemorativas. (1925). Editorial Garcilaso. Lima, Perú

Víctor Peralta Ruiz

- Doctor en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid, España. Historiador PUCP
- Científico titular del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) en Madrid y director de "Revista de Indias".
- Entre sus temas de investigación destacan las redes intelectuales y la ilustración en el mundo hispánico; la cultura política en la independencia y post-independencia del Perú y el conflicto entre los poderes ejecutivo y legislativo en el Perú del siglo XIX.
- Es autor de numerosas monografías, una de las más reciente, editada con Ivana Frasset, "La revolución política. Entre autonomías e independencia en Hispanoamérica" (Madrid 2020).